

EMILIANO CHAMORRO

El Ultimo Caudillo



Autobiografía

EMILIANO CHAMORRO

El Ultimo Caudillo

Autobiografía

**EDICIONES
del
Partido Conservador Demócrata**

**Managua, Nicaragua
1983**

**EDITORIAL UNIÓN
CARDOZA Y CIA. LTDA.**

*Miembro de la Cámara de Industrias
de Nicaragua Reg. núm. 0147*

*Miembro de la Cámara de la Industria
de las Artes Gráficas de Nicaragua*

COMITE EDITOR

MERCEDES DE CHAMORRO

DR. CLEMENTE GUIDO

LIC. MARIO RAPPACCIOLI

JOSÉ CASTILLO OSEJO

**AUTOBIOGRAFIA
COMPLETA
DEL
GENERAL EMILIANO CHAMORRO**

COPIADA DE LA EDICIÓN EXTRAORDINARIA
DE
REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO
VOL. 14 - No. 67 - ABRIL 1966 - SEGUNDA EPOCA

Introducción

Cediendo a instancias de varios amigos, me propongo referir los hechos más interesantes de la actuación social y política que he tenido en mi país durante mi larga existencia. Estos hechos no irán en un orden estrictamente cronológico, como sería preferible, sino que me propongo ir exponiéndolos a medida que vengán a mi recuerdo, pero sí, quienes los lean, pueden tener la absoluta seguridad de que lo aquí referido se ajusta estrictamente a la verdad. Daré principio a mi trabajo escribiendo acerca de los primeros años de mi vida.

Capítulo P

Mis primeros años

Nací el 11 de Mayo de 1871, en la ciudad de Acoyapa, Departamento de Chontales. Fueron mis padres Doña Gregoria Vargas Báez y Don Salvador Chamorro, pertenecientes ambos a familias de la primera sociedad de sus respectivos departamentos, Chontales y Granada. Dos años después de nacido, mi señora madre contrajo matrimonio con Don Evaristo Enríquez, a la sazón Prefecto del Departamento de Chontales, (Jefe Político, como se dice ahora), y poco tiempo después el nuevo hogar se trasladó a la población de Comalapa, con el propósito de fincarse allí. Esta es la razón por la cual yo figuro como hijo del pueblo de Comalapa en vez que de Acoyapa, que es donde vi la primera luz del día, y donde fui bautizado, habiendo sido mi padrino de pila Don Alejandro Reyes.

Ninguna clara noción me queda en la memoria de mis primeros años, excepto los vagos recuerdos de una vida hogareña normal y corriente en un medio modesto y apacible, más si muy bien me acuerdo de que teniendo yo como unos diez años, mis padres se trasladaron al campo y emprendieron trabajos de agricultura en la zona montañosa de Quilile, Miragua y Oluma donde plantaron un cañaveral y montaron trapiche y paila para la elaboración de panela, o dulce de rapadura.

Mi familia

Cuando hablo de mis padres me refiero al esposo de mi madre como a mi papá, a quien yo por muchos años tuve y reconocí como tal. La familia la componían entonces su jefe Don Evaristo, mi madre, Ramón, hijo del primer matrimonio de mi padrastro con la que fue su esposa, Doña Magdalena Matus y los hijos ya nacidos del hogar Enríquez-Vargas, Evaristo, Ercilia, Hermisenda y Andrés, más tarde nacieron José Antonio, Mariana, Gregoria y Estebanita Enríquez Vargas.

El negocio de la panela se puso malo, con lo cual la situación económica de la familia vino muy a menos, y más aún con la enfermedad de Don Evaristo, a quien le sobrevino un agudo ataque

de ictericia. Todo esto nos indujo a regresar de nuevo a Comalapa, donde mis padres me pusieron en la escuela del pueblo, de la cual era profesor Don Esteban Robleto. Como en mi casa había poco que hacer y los estudios elementales de primaria me dejaban mucho tiempo libre, empecé a gastar frecuentemente gran parte del día en correrías por el campo y los ríos vecinos, en compañía de otros escolares de mi edad; nos entreteníamos comiendo frutas en el campo o bañándonos y pescando en las pozas de los ríos. Algunas veces dedicábamos todo el santo día a esta clase de correrías, cuando nos tocaba buscar el pescado en muchas pozas y algunas veces también solía pagar muy caro mis vagancias, pues a los castigos que me imponía mi madre se sumaban los palmetazos que me daba el profesor, con mucha gana, según llegué yo a creer; y digo esto porque años más tarde, cuando era perseguido por las tropas del General Zelaya debido a mis rebelías contra su dictadura, mi antiguo maestro ayudó cuanto pudo a dichas tropas para que lograran mi captura. Felizmente entre mis amigos había elementos conocedores de lo que contra mí se tramaba y en más de una ocasión sus oportunos avisos me libraron de caer en las trampas y emboscadas que me tendían las tropas zelayistas y el maestro Robleto. Viejos vecinos de Comalapa me decían que ya desde en mis días de escuela era probable que D. Esteban supiese lo que yo ignoraba, esto es que mi verdadero padre era un Chamorro, apellido que él odiaba por su exaltación partidista de liberal, y por tal razón no desaprovechaba ninguna ocasión de torturarme con sus palmetazos.

Mi llegada a Managua

Por mi parte, puedo asegurar que no fue sino hasta el año de 1885 que yo empecé a darme cuenta de la existencia de partidos políticos en Nicaragua, pues a pesar de que mi padrastro era un leal conservador, en casa poco o nada se hablaba de esta clase de asuntos, y por eso carecía de cualquier inclinación política, cuando salí de Comalapa, para venir a vivir con mi verdadero padre, Don Salvador Chamorro, que entonces residía en Managua. Fue uno de los primeros días de Julio del citado año 1885, cuando habiendo llegado a casa un poco tarde, por causa de mis vagabundeos, mi madre me encerró en un aposento, me llamó severamente la atención por mi falta y un rato después, cuando me creyó ya sereno, me habló así: “Nunca antes te había dicho que Evaristo, mi esposo, no es en realidad tu padre, pues antes de casarme con él, yo ya te tenía. Tu verdadero padre se llama Salvador Chamorro vive en Managua y ha mandado a buscarte. Quiero que te vayas a vivir con él, para educarte mejor... Yo creo que debes irte; allá él te va a poner

en un buen colegio, te va a dar su nombre y una buena educación. Allá van a hacer de ti un hombre útil a la sociedad. El mulero que vino a vender sal trajo la carta de tu padre y con él puedes irte a Managua...". Yo me emocioné mucho y aunque ya tenía catorce años, lloré como un chiquillo. Cuando mis hermanos supieron de mi viaje, también lloraron. Dos días después tras una despedida llena de lágrimas y sentimiento, salí de Comalapa con gran tristeza en mi alma y recuerdo que el 5 de Julio de 1885, tras largas jornadas por los caminos de aquellos tiempos, entraba a mi nueva casa en esta ciudad de Managua. Mi padre me recibió muy cariñosamente. Bien recuerdo que a continuación me llevó ante su esposa, y que le dijo, "Aquí te lo doy para que lo críes a la par de nuestros hijos, como me lo has ofrecido". La esposa de mi papá, es decir, mi madrastra, era Doña Dominga Chamorro de Chamorro, una señora alta, blanca, más bien robusta que delgada, de distinguida presencia y de carácter severo. Me acogió y me crió con maternal cariño y a decir verdad, de ella sólo tengo gratos recuerdos y ninguna queja. Siempre fue solícita, buscaba el modo de complacerme, de ayudarme y cuando alguna dificultad se me presentaba, trataba de allanarla para mi bien. Asimismo mis hermanos Chamorro Chamorro: en los colegios, en la vida hogareña y social, nos tratábamos con fraternal afecto.

Igual puedo decir del esposo de mi madre, Don Evaristo Enríquez, cuyo paternal afecto me mantuvo por los años que conviví con él, teniéndolo como a mi papá; lo mismo he de decir en relación con Ramón Enríquez Matus y los Enríquez Vargas: que fueron hermanos ejemplares, y que siempre nos ligó el fraternal afecto desde nuestros primeros años.

Como dije anteriormente, llegué el cinco de Julio del año mil ochocientos ochenta y cinco a esta ciudad, época en que ya había un movimiento político electoral para sustituir al Presidente Doctor Adán Cárdenas, que gobernaba el país entonces. Con motivo de la proximidad de dichas elecciones, la casa de mi padre era muy visitada por los políticos de la ciudad y aun del resto de la República; y así fui poco a poco enterándome de los asuntos políticos, de la vida y actividades del Partido Conservador y de la preeminencia que en ese Partido tenía la familia Chamorro, de la que mi padre era un miembro sobresaliente no sólo por su posición sino también por su capital que en ese entonces ya era fuerte.

A la escuela

Una de las preocupaciones de mi padre para conmigo fue la de ponerme a aprender algo, aunque fuera en escuela particular

porque ya los cursos de los colegios oficiales habían principiado, con mucho tiempo de retraso para mí, y entré de alumno en una escuela de un señor de apellido Guillén, y después en la que tuvo don Rodolfo Rivas Cuadra. En una y otra encontré jóvenes de las principales familias de esta ciudad, con quienes fácilmente me relacioné. En ese mismo año de 85 hubo aquí en Managua un fuerte temblor que hizo salir de sus casas a toda la gente, abandonando muchas de ellas la ciudad por algunos días, pues seguían temblando: Me parece que aquel temblor fue el once de Octubre. La casa de mi padre era de alto, nueva y sin embargo, el temblor la sacudía haciéndola crugir. Para mí, aquella era la primera experiencia de esa clase de fenómenos terribles de la naturaleza; no sabía qué hacer y lo único que se me ocurrió fue abrazarme a la pata de la mesa donde estudiaba. Eran como las nueve de la noche y mi padre entró a mi cuarto, me tomó del brazo y me sacó a reunirme con su esposa y sus otros hijos para que juntos saliéramos de la casa y fuéramos a la plaza pública a pasar la noche. Al siguiente día mi mamá o mi madre que así llamaba yo a doña Dominga, salió para Granada con sus hijos, quedando mi papá y yo, que volvimos a la casa. Pero como los temblores continuaban, aunque con muy poca intensidad mi padre buscó la casa de un amigo para refugiarnos, aunque fuera sólo para dormir. Más tarde hicimos nuestro dormitorio en casa de don Hipólito Saballos, por más de un mes. Este hombre era de edad y vivía con su hija soltera de nombre Josefa y con su otra hija llamada Bruna, casada, pero que vivía separada, es decir en pieza aparte, porque su marido vivía allí con sus hijos Abraham, Vicente, Julio y Miguel. La estadía en la casa del señor Saballos fue mi primera escuela política que tuve, porque él era uno de los grandes jefes del Conservatismo de Managua. Hombre que apenas sabía firmar, pero su casa era el Centro político principal y de ahí salían las instrucciones para la elección que estaba próxima a verificarse en la República. Los nietos del señor Saballos, hijos de doña Bruna y Julio, eran muchachos muy inteligentes.

Después del temblor del 11 de octubre de 1885 que marca el periodo de mi iniciación en cuestiones políticas, pues comenzaba el de la elección del doctor Evaristo Carazo, mi estadía en Managua cesó.

Al Colegio de Granada

A causa de que mi padre quiso darme mejor instrucción, pasé al Colegio de Granada (actual Instituto Nacional en el antiguo Convento de San Francisco). A este Colegio llegué cuando

estaba don Alberto Salaverry como Director interino pues don José María Izaguirre andaba entonces en un viaje fuera de Nicaragua. En el Colegio logré que me colocaran en la 3ª Sección de Primaria, que entonces era el último grado. La Primaria estaba dividida en Primero, Segundo y Tercer Grado. En el 86 logré aprobar la Primaria, pasando a la intermediaria en el siguiente año.

La intermediaria me interesaba mucho porque veía a los jóvenes mayores estudiar en los corredores del Colegio y todos ellos, me parece, repetían de memoria las lecciones y entraban en acaloradas discusiones entre sí sobre las materias que estudiaban.

Entre esos estudiantes, los más adelantados eran: Rafael y José Andrés Urtecho, Evaristo Cuarezma, quienes se distinguían en matemáticas; Alberto Peña, Salvador Cerda y Salvador Castriño quienes se bachilleraron en aquél año. Para mí eran unos grandes sabios y les tenía mucha envidia. Mi constante deseo era llegar a saber tanto como ellos, pero cometí el error de querer violentar mi vida de colegial empeñando mi memoria al aprender las lecciones muchas veces sin tener completa comprensión de ellas, sin embargo, las repetía con bastante facilidad sin omitir, a veces ni una coma.

A este respecto recuerdo que más tarde me relacioné con los estudiantes Miguel Cuadra Pasos y Joaquín Barberena Díaz que estudiaban juntos y quienes me admitieron en su compañía para estudiar algunas materias que llevábamos, siendo el joven Cuadra el mejor memorista de los tres. El joven Barberena tenía más dificultad para aprender que nosotros.

De esta mi vida de Colegio nació mi amistad con el joven Bartolo Martínez que también era estudiante del Colegio. Con motivo de una elección de Directiva para una Sociedad Literaria de las que suelen formarse en los Colegios, un grupo de estudiantes presentó la candidatura del que fue más tarde General José María Moncada para Presidente de esa Directiva y otros, encabezada por Bartolo Martínez, presentaron la mía. Durante la elección hubo dificultades y pleitos y después que se me eligió, Moncada se separó para formar un Ateneo aparte. Recuerdo que entonces Bartolo llegó hasta los puños apoyando mi elección, hecho que me vinculó con él para el resto de mi vida.

Otra anécdota que tuve en el Colegio fue que en un viaje que Ramón Rostrán hizo por Comalapa, nos conocimos cuando aún yo vivía allá. Debido a ese conocimiento previo, cuando lo volví a encontrar en el Colegio como estudiante más adelantado que yo, procuré hacerlo mi mentor en la clase de Aritmética Razonada,

pero como siempre fracasaba en mis lecciones, a pesar de las instrucciones del mentor, el maestro José Trinidad Cajina me tenía siempre en la "huesera".

La clase de Aritmética Razonada, por ser muy numerosa, se dividía en dos secciones. La primera recibía clase de 8 a 9 a. m. y la otra de 9 a 10 a. m. Quiso la casualidad que Rostrán asistiera a la primera tanda y yo a la segunda. Un día que estaba desocupado me fui a la otra clase donde estaba Rostrán y fue grande mi sorpresa verlo ocupando un puesto en la "huesera" de su clase, que era la última banca a la que el profesor no le prestaba ninguna atención. En ese día tocaba una lección interesante y me propuse escuchar atentamente y fijarme en las preguntas y repreguntas del Profesor que eran el fuerte del Maestro Cajina. Así es que cuando en mi clase se desarrolló la misma lección, yo ya tenía experiencia adquirida en la clase de Rostrán y cuando alguno de los estudiantes considerado como bueno era requerido por Cajinita y fallaba, yo me ofrecía para contestar. Al principio no me hacía caso alguno pero al fin cayó en la cuenta y me llamó a contestar, sorprendiéndose no poco por mis acertadas respuestas y él me observaba de pies a cabeza, asombrado.

Para terminar con este capítulo de mi vida de colegial, recuerdo que antes de mi examen de Bachillerato fui por dos meses Profesor de Historia de la Primera Sección de mi clase. De la segunda era Miguel Cuadra Pasos. Ambos merecimos felicitaciones de los examinadores y del Profesorado. Así es como muchos títulos o notas de los exámenes de historia llevan mi firma como profesor.

Me parece que me Bachilleré en Ciencias y Letras y como Ingeniero Topógrafo en 1889 en ese mismo Colegio.

Durante mi permanencia en el Colegio de Granada pasaba los domingos y días de asueto en la Biblioteca de los Chamorro ampliando mis conocimientos y leyendo libros de historia. Las Guerras Púnicas, las Guerras Médicas, Alejandro Magno, Aníbal, etc., me atraían sobremanera. Los historiadores César Cantú y Lafuente me eran familiares. Durante ese tiempo Alejandro Zavala era mi amigo más íntimo por su carácter campechano y bromeador y Juan Paulino Rodríguez me trató siempre con especial estima.

El 28 de Abril de 1893

No fue sino hasta el 28 de Abril de 1893 que empecé a dirigir mis actividades en otra esfera que no fuera la de vigilar la buena marcha de las propiedades de café de mi papá: "La Luz".

“Corinto” y “Santo Domingo”. Pero en la noche de ese mismo día, 28, estando yo en la vela (velorio) de doña Chepita Saballos, que se había casado con el Gral. José María Cuarezma, que fuimos algunos sorprendidos con la llegada del señor Miguel Molina quien montado en buena mula participaba a sus conocidos, después de haber hablado privadamente con don Pedro Joaquín Chamorro, que se encontraba también en la vela, que el Gobernador de Granada se había levantado en armas con el apoyo del Partido Conservador y que esperaban que el Partido Conservador de Managua se fuera a incorporar a la Revolución. Como se recordará, Doña Chepita Saballos de Cuarezma era hija del Gral. Hipólito Saballos. Por eso, y por el propio valimiento del Gral Cuarezma, había mucha gente en la vela, siendo como las once de la noche, hora en que llegó aproximadamente, el señor Molina.

Con tal noticia bélica la gente que estaba en la vela de la señora de Cuarezma, principió a dispersarse: unos para irse a alistar para su viaje a Granada y otros temerosos de alguna acción del Gobierno contra ellos, tomaron rumbo que no sabemos, pues en casi su totalidad eran opositores al Gobierno del Doctor Sacasa. Entre los que fueron a prepararse, estaba el señor José Santos Zelaya, a quien don Pedro Joaquín Chamorro comunicó lo ocurrido y el mensaje que había recibido para que fuera a incorporarse a la Revolución. Por su cuenta el señor Chamorro me llamó aparte y me dio instrucciones para que entregara las bestias que tenía en los potreros del trillo de beneficiar café, a los amigos que llegaran esa noche, y que si yo me quería ir, que bien lo podría hacer en la madrugada. Llegaron don Salvador Lezama y don Cayetano Ibargüen y por ellos supe que Zelaya y don Francisco Guerrero (Managua) estaban también saliendo de la ciudad. Y como a las seis de la mañana llegó don Adolfo Díaz, que se fue con mi compañero de trillo Salvador Morales Chamorro. A mí se me hizo difícil marchar junto con ellos porque teníamos mucho café por escoger y otro listo ya para embarcar, por lo cual pensé ir donde el Comandante de la Sección de Policía de San Antonio (barrio), el joven comalapino don José Angel Arróliga para pedirle que si llegaba alguna orden de captura contra mí, que me hiciera favor de avisarme antes de mandar a capturarme. Como Arróliga me ofreció hacerlo así, no tomé precauciones, y de ahí, que con mi natural extrañeza, a las cuatro de la tarde del día 29 fui hecho preso y me llevaron a la Policía donde permanecí durante todo el tiempo que duró la Revolución. Otros compañeros de prisión en ese entonces, fueron el Gral. Alberto Rivas y el señor Isidro Sotomayor...

Contribuciones forzosas

Durante esa Revolución pusieron las famosas "contribuciones forzosas", que más bien eran una confiscación de bienes. A mi padre, que se encontraba viviendo en Europa, le pusieron CINCUENTA MIL PESOS. Como la casa comercial no tenía empleados a quien cobrarle la contribución porque todos se habían ido a la Revolución, me obligaron a mí, custodiado, a que les abriera las puertas del establecimiento; como me negara a ello, lo abrieron con ganzúa y se llevaron la mercadería que en gran existencia allí había, obligándome a presenciar aquel saqueo. En un libro fueron anotando todo lo que se llevaron, hasta ajustar CINCUENTA MIL PESOS (50,000) según ellos, pero para mí no fueron menos de DOSCIENTOS MIL (200.000). En esos días, los carceleros que habían sido bastante hostiles con nosotros, se pusieron un poco amables hasta llegar el día en que nos abrieron las puertas de la cárcel para darnos libertad, diciéndonos que las fuerzas de la Revolución iban a entrar ese día a Managua, conforme convenio celebrado en Sabana Granada. Efectivamente, ese día hicieron su entrada las tropas, y un grupo de ellas, que se dijo eran comandadas por el Gral. Aurelio Estrada se dirigieron a la Dirección de Policía para impedir que hubiera una "masacre", y ahí fue donde por primera vez me encontré y conocí al Gral. Luis Alonso Barahona, emigrado salvadoreño incorporado a la Revolución quién con peligro de su vida, estaba también impidiendo que las fuerzas del triunfo cometieran desmanes. Después de ese ligero alboroto, entraron dichas fuerzas a esta ciudad sin otra novedad y fueron muy bien recibidas por la ciudadanía de la capital. En las fuerzas revolucionarias habían muchos muchachos poco más o menos de mi edad que hablaban con entusiasmo de la campaña que había hecho, de los combates en que habían participado en la Estación de Masaya, "La Barranca" y "El Coyotepe". Hablaban con tanto entusiasmo de los peligros y proezas tenidos en su corta carrera de militares noveles que francamente confieso que al oír sus narraciones epopéyicas, sentí tristeza por no haberlos acompañado, y eso mismo me hacía sentir como una humillación el haber pasado aquellos días de peligro en las cárceles de la Dirección de Policía, y desde entonces me prometí, ahí mismo, que en la primera oportunidad que se me ofreciera, ser el primero en irme a presentar para ser también de los primeros combatientes. Por lo que oía de mi padre, me daba cuenta que cruzábamos una situación política y difícil y que podría presentármese la ocasión de ir a engrosar las filas revolucionarias. Aunque estaba muy joven yo y tenía bastantes ocupaciones con los intereses de mi padre, la oportunidad se me presentó el once de Julio de 1893 cuando las autoridades que la Junta de Gobierno del General Joaquín

Zavala había establecido en León se levantaron en armas, y el Gral. Zelaya, siempre acompañado del Gral. Francisco Guerrero alias Managua y Aurelio Estrada, abandonó la ciudad esa noche para irse a incorporar a las fuerzas revolucionarias de la contrarrevolución de León.

El 11 de Julio de 1893

En la mañana del once de Julio del año 1893 la ciudad de Managua conoció por medio de una "general" que la ciudad de León se había levantado en armas contra el Gobierno conservador de Zavala y que el Gral. Zelaya se había ido a incorporar a las fuerzas de León. Con esa noticia corrí a donde el Gral. Ignacio Páiz, afamado militar conservador para que me diera de alta como su Ayudante; el Gral. Páiz accedió. Pocas horas después salía yo con él y doscientos hombres que iban en persecución de Zelaya y sus acompañantes. El Gral. Páiz siguió las huellas de Zelaya y cuando estábamos a la altura de Mateare, oímos un fuerte tiroteo a ese lado, y el Gral. Páiz nos dijo: "Están atacando Mateare, vamos allá", a donde llegamos un poco después del medio día. Con la llegada nuestra la posibilidad del enemigo de ocupar esa plaza disminuyó y en los otros ataques que hizo, fue completamente rechazado, manteniendo solo un fuego graneado sin importancia ninguna. Cuando nuestros jefes vieron que había desaparecido el peligro de que la Plaza cayera en manos del enemigo, el Gral. Páiz dispuso mandarme a Managua, en calidad de su Ayudante, para pedir al Gral. Miguel Vigil, Mayor General del Ejército, el envío del cañón "Herald" y participarle del rechazo de las fuerzas leonesas, así como la confianza que tenía de conservar en su poder la plaza de Mateare. Los de Managua se ocupaban de acondicionar bien el ejército tanto en elementos de guerra como en provisiones de boca. En Managua, después de desempeñar mi misión y de quedar satisfecho por lo que me dijo el Gral. Vigil respecto al próximo envío del cañón y demás cosas necesarias para la lucha, fui a ver a mi papá que acababa de llegar de Europa y a quien informé de todo lo que había dicho y hecho y lo que yo pensaba hasta ese momento de cómo se encontraba la cuestión militar.

Ya de noche regresé a Mateare. En el camino me cayó un aguacero fuerte y esa noche, que era mi primera campaña, dormí bien remojado en una de las calles de Mateare, donde dormían de igual modo otros compañeros míos. Al amanecer, me presenté en la casa que ocupaba el Gral. Páiz y le di cuenta del resultado de mi misión y la creencia que tenía yo de que como a las diez del día llegarían varias piezas de artillería, enviadas desde

Managua. En la misma casa se encontraban el Jefe de las FUERZAS EXPEDICIONARIAS General Miguel Espinoza, el Gral. Hipólito Saballos y el Gral. Manuel Rivas (salvadoreño); pero este último no se encontraba en casa sino en un puesto militar de vanguardia en los alrededores del pueblo de Mateare. Y a esas horas me di cuenta de que entre los jefes había estado discutiendo la posibilidad de desocupar la población, lo cual tenía muy molesto a don Reynaldo Chamorro que como Ayudante de uno de los jefes, con su carácter impulsivo y nervioso les decía que no era posible que se pensara en tal desocupación. Yo les dije que ya estábamos cerca de las ocho de la mañana sin que ocurriera ningún tiroteo en los puestos de avanzada, lo que a mi juicio podía indicar que el enemigo se estuviera preparando para el ataque o que durante la noche hubiera abandonado el campo; por consiguiente, que antes de pensar en lo que podía hacerse, era necesario mandar a reconocer las proximidades de Mateare para saber exactamente donde se encontraba el enemigo. El Coronel Correa se ofreció para ir hacer ese reconocimiento y yo también me ofrecía para ir a hacerlo con 25 hombres. En esas discusiones estábamos cuando alguien anunció que se divisaba por el lago el vapor "Managua", aproximándose a las costas de Mateare e incontinenti oímos la detonación de un cañonazo y poco después vimos pasar un grupo de tropas bastante regular frente a la casa, con dirección a la Iglesia. Investigando lo que pasaba; nos informaron que el cañonazo que disparó el vapor, fue una granada que cayó propiamente en la trinchera de "La Barranquita", a cargo de un Capitán Arana que tenía dos hijos de Oficiales en la misma compañía, y estos jóvenes al ver caer muerto a su padre por la granada, corrieron a levantarlo y lo llevaron a enterrar a la Iglesia. Al ver esto las tropas, abandonaron también el lugar, quedando sólo este puesto militar. Cuando el Gral. Paíz se dio cuenta de lo ocurrido, ordenó que una compañía de granadinos que estaba acuartelada frente a nosotros, al mando de un Capitán Espinosa (Churuco) ocupara el lugar que habían dejado las fuerzas del Capitán Arana. El Capitán Espinosa, al ser requerido por mí para ir a cumplir las órdenes del Gral. Paíz, vaciló un poco, vacilación que me obligó a increparlo fuertemente, después de lo cual se puso al frente de sus soldados y marchó conmigo al destino que se nos había señalado. En el camino no tuvimos ninguna dificultad en esa zona que el día anterior había sido de gran balacera y que ahora estaba completamente en calma. Lo mismo se encontraba "La Barranquita". El vapor, después del disparo del cañonazo, había virado rumbo a Momotombo. Nada anunciaba pues que podía haber pleito ese día, sin embargo, el Comando Militar se sentía inseguro y no cesaba de pensar en la desocupación de la Plaza. Por último, como a eso de la una del día, me llamaron para darme instrucciones de permanecer en

ese punto hasta que oyera repicar las campanas del pueblo, hora en que debía de levantar el campo, junto con la compañía de Espinosa, y seguir tras ellos hasta la ciudad de Managua.

Batalla de "La Cuesta"

Ya puestos aquí (Managua), el Gobierno explicó a la ciudadanía que por razones estratégicas había desocupado Mateare para ocupar mejores posiciones en los alrededores de la Capital, desde Motastepe hasta la orilla del Lago, por el Norte, pasando sobre la cordillera llamada de "La Cuesta". En efecto, mandaron a ocupar algunas de las posiciones mejores de esa colina, y el Gral. Hipólito Saballos hijo,* con seiscientos rameños, como le decían a los que llegaban de la Costa Atlántica, ocuparon Motastepe. Poco tiempo después de nuestro arribo de Mateare, supimos que las fuerzas de la contrarrevolución que habían atacado Mateare, se habían declarado impotentes para tomar aquella Plaza, y que aprovechando la oscuridad de la noche, se habían retirado a Nagarote, y posiblemente no se habrían detenido hasta llegar al mismo León. Pero algunos de los pocos amigos que las fuerzas occidentales tenían en Mateare, al levantar nosotros el campo, les hicieron avisar tan sorprendente hecho, y eso bastó para cambiar la derrota que habían sufrido en un completo éxito, pues inmediatamente contramarcharon a Mateare y continuaron su marcha hasta encontrar las fuerzas de la Junta de Gobierno en "La Cuesta", donde muy temprano del siguiente día, se principió a combatir con bastante intensidad, principalmente en la posición que llamaban "La Guatarrá" y en "La Cuesta" misma, forcejando las tropas de León para romper esas defensas para seguir su marcha hasta Managua. Mientras en "La Cuesta" y sus posiciones anexas se peleaba con éxito variado, en Managua se advertía en los semblantes de los militares conservadores de la ciudad un reflejo de satisfacción por lo que estaba aconteciendo, mejor dicho, sentían la esperanza de que fuera el Gral. José Santos Zelaya el triunfante, por lo que los tenía sin cuidado y antes bien, no escondían su satisfacción porque se diera así la batalla. Esta es la impresión que tuve en aquel entonces y que más tarde se afirmó en mí y la confirmó la Historia.

Pero volviendo al combate de "La Cuesta", diré, que un carbuncó puso fuera de combate al valiente "Indio Pellota" (Gral. Ignacio Páiz); por eso las fuerzas que él comandaba estaban en la Plaza sin tomar parte todavía en la contienda. Pero a eso de las nueve de la mañana ordenaron prepararse para salir hacia "La Cuesta" y nos mandaron a formar frente al Palacio Nacional para marchar tan pronto se nos ordenara. El Coro-

nel Salvador Chamorro, que dos días antes había llegado de Europa, fue dado de alta, y las fuerzas de que estoy haciendo mención, fueron puestas a sus órdenes. A mí me sorprendió ver a mi padre tomar posesión del mando de aquellas fuerzas en la que ninguno de nosotros contaba con una sola bestia. El Coronel Chamorro se puso al frente de aquellas tropas, con botas altas pero sin cabalgadura alguna. Como a las diez y media de la mañana recibió la orden de marchar y salimos con gran entusiasmo viviendo al Gobierno, a Don Joaquín Zavala y a los Generales Avilés y Montiel. La orden que recibió mi padre fue la de marchar a "La Cuesta" y allá nos dirigimos bajo un sol abrasador.

Serían un poco más de las once cuando comenzaron a pasar frente a nosotros unos señores montados en elegantes bestias, y entre ellos a Don Joaquín Zavala. Me dijo mi papá: "El triunfo debe estar asegurado, pues estos señores no se expondrían a ir si el éxito estuviera aun dudoso". Pero poco después pasaba el Gral. Rigoberto Cabezas, el Gral. Carlos Alberto Lacayo, don Gustavo Guzmán y algunos otros que en estos momentos se me escapan de la memoria. Al ver esto, volvió a decirme mi padre: "Estos acompañantes de Zavala, poco me agradan; temo que pueda ocurrir algo inesperado". Como si sólo eso se esperara, empezaron a llegar las malas noticias. Por primera vez llegaba el informe de que propiamente en la pasada del camino de "La Cuesta", se había fortalecido el enemigo y que parte de las fuerzas de León estaban pasando a Managua, por la costa del lago, precisamente a donde se le había ordenado a mi padre marchar para impedir esa filtración. Al recibir esa orden el Coronel Chamorro dejó el camino para "La Cuesta" y se metió al potrero que teníamos al lado norte. Ya el lector se puede imaginar lo que significa cruzar un potrero en pleno invierno, con pasto y monte bien crecidos. Aquella orden realmente no sirvió más que para que las fuerzas de mi padre no tomaran parte en la acción de ese día, pues dichas fuerzas fueron extraviadas de la verdadera ruta de "La Cuesta", a donde hubiéramos sido de alguna utilidad.

En la orilla del lago a donde muere la cordillera o colina tantas veces mencionada estaba todo en calma: ni se combatía, ni había pasado nadie para Managua; por lo cual decidimos regresar para acudir a la batalla de "La Cuesta", pero ya llegamos tarde. Ni las tropas que tenía el Gral. Hipólito Saballos en Mostastepe habían disparado un solo tiro ni la gente de mi padre, por haber sido extraviada muy hábilmente. Saballos, a pesar de oír el fuerte tiroteo próximo a él, permaneció impassible, en su puesto, sin acudir en refuerzo oportuno con sus seiscientos "rameños" que comandaba. Cuando mi padre y sus fuerzas venía-

mos entrando a Managua, de regreso de luchar contra las zarzas y tratábamos de desenmarañarnos del lugar a donde nos habían metido, recuerdo perfectamente bien que un joven montado en buena cabalgadura, sin sombrero, gritando como un loco desahogado decía que se detuvieran las fuerzas; pero toda aquella fogosidad del impetuoso joven fue inútil para conseguir echar pie atrás a las fuerzas a las que ya se les había infiltrado un pánico horroroso. El joven a que me refiero, es el bien recordado patriota don Pedro Calderón Ramírez. Sí, Pedro Calderón Ramírez parecía en aquel momento haber perdido su juicio y como loco exhortaba a todo aquel que pudiera tener influencia en el ejército para detener aquel éxodo, más todo fue en vano.

Mi salida la hice en esa ocasión de Managua, como a las seis de la tarde, junto con otro muchacho de valor temerario, llamado Julián López. Las fuerzas de la contrarrevolución aún no habían entrado a la capital. La primera impresión que tuvimos al llegar a la ciudad de Granada fue la que todo lo principal de la ciudad, había recibido las malas noticias con gran coraje y pedía la resistencia, con pocas excepciones. Sobresaliendo entre los primeros don José Luis Argüello que con ardor pedía a la juventud hacer todo sacrificio para defender al Gobierno, a la capital y a la persona del señor Presidente; y en el puesto de Jefe Político que le fue asignado, desplegó una asombrosa actividad. Ese hombre trabajó día y noche para que no le hiciera falta nada al ejército, y a que se tomaran todas las medidas necesarias para la defensa de la ciudad y no fue sino hasta que se convenció de que el espíritu belicoso del primer momento había retrocedido, y que realmente lo que se iba a buscar era un arreglo con el Gobierno de la Contrarrevolución, que pidió su retiro y se fue a su casa.

Hecho el arreglo para la entrega de las armas al nuevo Gobierno organizado en Managua, se dio principio a licenciar las fuerzas del Gobierno del Gral. Zavala, y cuando recibí mi baja enviada por el Ministro de la Guerra, don Federico Solórzano, me fijé que me habían ascendido a Capitán.

Mis impresiones

Quiero dejar constancia aquí de mi primera impresión al darme cuenta que entraba en una zona de combate.

Al regresar de la persecución del Gral. Zelaya, para ayudar a los combatientes de Mateare, me mandaron a dejar parque a las fuerzas que defendían el lugar llamado "La Barranquita", situado a la orilla del lago. Para llegar del pueblo de Mateare

a este lugar, había que cruzar un monte bajo (tacotal). En algún punto inmediato al mencionado tacotal, combatían las fuerzas de la contrarrevolución con las del Gobierno y el balerio que cruzaba por el camino que yo llevaba, era muy grande y las balas, además de su sonido característico se oían perfectamente también cómo rebotaban contra los palitos, quebrándoles las ramas. Era la primera prueba de encontrarme en medio de un tiroteo de esa clase y la primera idea que me asaltó, fue la de espolear la mula que montaba para pasar en carrera aquella zona de peligro; pero antes de poner ejecución tal idea, pensé que por correr ligero, podía dar más pronto con la bala que me cruzaba el paso, y reflexionando, resolví sólo encomendarme a Dios, a su voluntad, y con esa fe crucé varias veces aquella zona de peligro, sin que me ocurriera ninguna novedad; y desde entonces nunca alteré mi proceder en los combates, es decir, hice siempre lo mismo en los que más tarde actué, como si estuviera practicando una cosa natural, sin esperar ningún peligro. De allí que mis amigos han llamado a esto "intrepidez", no siendo más que la arraigada creencia que tengo en la existencia de Dios. Otra experiencia que me dio esa pequeña acción de Mateare, fue la de no tomar un solo trago de licor ni antes ni en el propio combate, pues oí decir que varios habían perdido su vida en estado de embriaguez, obrando con arrojo por su estado de inconsciencia. Por eso prometí ser abstemio durante cualquier acción de armas, para que no se dijera después que algún rasgo de valor que hubiere mostrado, había sido por obra del licor y no debido a mi carácter.

Comienzan las persecuciones

Inaugurado el Gobierno liberal del Gral. Zelaya comenzó una hostilidad muy grande contra algunos conservadores lo que hizo que el Partido perdiera la esperanza de encontrar un remanso de paz en dicho Gobierno; presión que culminó con la apaleada del Gral. Luis Vega, de Matagalpa y líder conservador de aquel Departamento, prominente hombre que por mucho tiempo tuvo que andar con muletas a consecuencia de los quinientos golpes de vara que le propinaron. Igual cosa pasó con el sacerdote Gaitán y con el literato Félix Pedro Pastora, ambos de la hoy ciudad Darío, antes Metapa. Por otro lado el Partido Liberal no se sentía bien asentado en el poder mientras no estuviera en Honduras un gobierno similar al de aquí. A esas consideraciones hay que agregar la campaña que hacía en el mismo sentido un grupo de emigrados hondureños que encabezaba el reconocido líder liberal hondureño, don Policarpo Bonilla. Con todo esto, Nicaragua era un hervidero de rumores, los cuales aprovechaban

los inquietos jóvenes Fernando Elizondo y Julio Alvarez, que unidos a mí, procurábamos agitar la opinión conservadora en los barrios de esta ciudad, donde se encontraban muchas armas regadas, lo mismo que parque del ejército que se había disuelto al regresar de la derrota de "La Cuesta" y porque no había encontrado a sus jefes en la ciudad, quienes ya se habían marchado a Granada. La colección de armas que hacíamos Elizondo, Alvarez y yo, progresaba muy bien y viendo el éxito que obteníamos, fui a consultar con el Doctor Adán Cárdenas, ex-Presidente de la República, que ya hacía de Jefe del Partido Conservador, la labor que estábamos haciendo, diciéndole las dificultades con que tropezábamos algunas veces con retenedores de armas por falta de confianza en ellos, al vernos tan jóvenes. El Doctor Cárdenas con una bondad que siempre le agradecí, me estimuló con frases alentadoras para que siguiéramos en el trabajo empeñado y nos ofreció su ayuda para subsanar cualquier dificultad que se nos presentara. Por algún tiempo ningún tropiezo tuvimos en la colecta de armas; más ya cuando Zelaya se lanzó a la guerra contra el Presidente Vázquez, de Honduras, las cosas cambiaron bastante para nosotros y ya se veía una marcada vigilancia; por lo cual decidieron salir del país otros dos jóvenes de gran esperanza para la Patria. Pedro Calderón Ramírez, a quien jamás volví a ver, y don Alfredo Gallegos quien en varias ocasiones me alojó en su casa en San Salvador donde contrajo matrimonio con una señorita también de apellido Gallegos.

En las postrimerías de la guerra contra Vázquez, la persecución fue tal para mí, que decidí irme a Chontales donde pasé varios meses, esperando primero la terminación de dicha guerra y en espera que todo se normalizara para regresar a mi casa en Managua. Ya puesto aquí pude darme cuenta de que aún había algo especial contra algunas personas a quienes constantemente se vigilaba. Por eso resolví buscar ocupación fuera de mi casa, de mi familia, y fuera igualmente de la ciudad de Managua... Los jóvenes Elizondo y Saballos continuaban su labor de conseguir armas, pero desafortunadamente Alvarez se inclinó mucho a las bebidas alcohólicas hasta el extremo de no poder ya trabajar con Elizondo. Saballos, joven de gran intelecto y muy simpático, en muy temprana edad desapareció del escenario de la vida, aprovechando yo la escritura de esta mis memorias para dedicarles un recuerdo cariñoso.

Administrador en "Pacora" y "Río Grande"

Como yo sentía más inclinación por la ganadería que por el cultivo del café, dispuse buscar ocupación en alguna propiedad ganadera. Al tener conocimiento que el empleado de los Chamorro-

Zavala, estaba por retirarse de la Administración de la hacienda "Pacora", fui a hablar con doña Carlotita Chamorro de Costigliolo, hija de don Fruto Chamorro, fundador del Partido Conservador de Nicaragua, y le solicité ese empleo, solicitud que fue atendida inmediatamente. Pasé, pues, a manejar dicha hacienda que queda al otro lado del lago de Managua, a poco más o menos una legua de distancia del puerto San Francisco del Carnicero y de la propiedad "Río Grande", un poco más allá de la de San Francisco mencionado, propiedad ésta que llega hasta el río Cinacapa, sobre la costa del lago. Esto sucedía en el año 1894.

En la administración de dichas propiedades puse todo mi empeño en quedar bien, pero temía no conseguirlo a satisfacción de doña Carlotita (así la llamábamos cariñosamente), porque ella tenía un sistema para calcular el aumento de sus ganados y era que contaba los nacidos y los herrados pero no contaba los muertos, de tal manera que no había administrador completamente honrado para ella. Así es que cuando a solicitud mía dejé la Administración de esas propiedades, sentía gran satisfacción porque había evitado en mi corta duración en el empleo, que se me pudiera incluir en el número de los administradores que habían dispuesto de ganados, según ella.

Antes de terminar este capítulo de Pacora y Río Grande, quiero referir el pensamiento que tuve una vez al ir a herrar y correr en el mes de Febrero unos novillos en Río Grande, cuya frondosidad en aquel entonces era maravillosa; que si alguna vez se presentaba la ocasión de adquirir alguna parte de ella, no debía desperdiciar esa oportunidad para hacerlo, como al fin lo hice, cumpliéndose así uno de mis grandes sueños y anhelos, comprando partes de los herederos hasta llegar a obtener la mitad de los derechos hereditarios. Ya dueño de tales derechos, me encontré con la conyuntura de que la propiedad iba a ser subastada, por un juicio entablado entre don Isidro Solórzano Reyes y los herederos de don Fruto Chamorro para la cesación de comunidad, y fue así cómo, en subasta pública adquirí toda dicha propiedad en unión de don Enrique Palazio, de quien más tarde me separé, quedándome la parte que actualmente ocupo con el nombre legal de "San Cristóbal". Es curioso este pensamiento de joven realizado, de llegar algún día a ser dueño de dicha propiedad y de ser Presidente de la República de mi Patria que también tuve en muy temprana edad.

Como vimos anteriormente, a la caída del Gobierno del doctor Roberto Sacasa, regresó mi padre de Europa, y después del triunfo de la contrarrevolución y de la llegada de Zelaya al Poder, resolvió vender sus propiedades y demás intereses que tenía en Nicaragua a la "Casa Pedro Joaquín Chamorro e hijos",

firma que en ese entonces se encontraba económicamente fuerte, muy próspera, con brillante porvenir. Mi padre deseaba irse a vivir con su familia a Europa, por cuyo motivo me llamó de la hacienda "Pacora", donde yo me encontraba, para que viniera a hablar con él y despedirme de toda la familia. En esa ocasión me hizo la propuesta de que por cuenta de él me fuera a estudiar para Abogado en Chile, República de Sud-América; más como en el Colegio me había formado mal juicio de la Profesión de Abogado, rehusé la oferta, por considerar que es muy difícil que un Abogado pueda conservarse como hombre íntegramente honesto, rechazo que lamenté mucho después, pues tal Profesión me hubiera servido de gran utilidad en mi larga actuación política. También mi padre me propuso que fuera a Italia a estudiar arquitectura, y aunque tal proposición me halagó bastante, no la acepté tampoco, ya mis ideas estaban muy engreídas en la política del país. Después de esa conversación, habló mi papá con los Chamorros, sus cuñados, para que me suministraran los fondos necesarios para hacer una propiedad de café en Matagalpa, en terrenos que eran de su propiedad, en calidad de socio industrial. Cuando me comunicó tal propósito, lo acepté en el acto y me retiré de la Administración de la hacienda de Río Grande, expresándole mi agradecimiento a doña Carlota y a sus hermanas Adela y Chepita.

Para cerrar el capítulo de mi vida al lado de mi padre, quiero hacer mención de que a mi llegada a Managua el cinco de Julio de 1885, me encontré en la casa con la jovencita Carlota Chamorro, que también era hija ilegítima de mi padre. Además estaban allí otras dos jóvenes, Inés y Sara Avilés, hijas de un militar que con mi padre había ido en las fuerzas que Nicaragua mandó a El Salvador para repeler las tropas del Gral. Justo Rufino Barrios. Avilés murió en un combate que tuvo lugar con las fuerzas salvadoreñas, por cuyo motivo mi padre había recogido a esas huérfanas, que salieron de la casa hasta que se casaron; lo mismo que mi hermana Carlota con quien siempre cultivé y cultivo una amistad, de verdadera fraternidad. Uno y otro nos tenemos mucho cariño.

En Matagalpa

El Gobierno del Gral. Zelaya que durante la guerra con Honduras para derrocar al Presidente Domingo Vásquez, había tratado a la oposición nicaragüense con dureza: multas, contribuciones forzosas, prisiones y aun con torturas, que no eran raras, como el dar palo, el cepo, las cadenas, los grillos y carlancas; por lo cual —como dije antes— mi padre dispuso irse a vivir a Europa

con su familia. Mi hermana Carlota ya se había casado con el señor Antonio Belli, de nacionalidad italiana y arquitecto de profesión. Lo mismo las jóvenes Inés y Sara habían contraído matrimonio, y yo me fui a trabajar a Matagalpa en una hacienda de café en sociedad con don Pedro Chamorro. Así que llegué con unos pocos mozos, hice primeramente un bahareque que nos pudiera abrigar del agua, nos dejara preparar la comida y dormir allí aunque fuera en el suelo, mientras podíamos construir un rancho mejor acondicionado.

A mi llegada a Matagalpa, encontré a don Luis Vega que todavía andaba con muletas a causa de la apaleada que le habían dado. También me presentaron a otros cuantos que habían sufrido su buena cantidad de golpes de vara (de tamarindo y papaturro). El Partido Conservador matagalpino, aunque pequeño entonces, era manejado y dirigido por hombres de gran decisión y devoción a su causa. En cambio, fuera de la ciudad, en las cañadas indígenas, la mayoría de sus habitantes si no su totalidad era, y es, abrumadoramente conservadora. El indio había sido muy mal tratado por el liberalismo, obligándolo con sus autoridades a ir por la fuerza a cortar café hasta las haciendas de los poderosos en Managua, tan sólo por la comida o pagándoles miserables salarios. Por eso mi llegada a Matagalpa fue muy bien vista y siempre encontré abiertas para mí las casas conservadoras.

En aquellos días también habían en Matagalpa muchos jóvenes de Granada y de otras partes del país que estaban como yo, ocupados en el cultivo del café. En el trabajo que estábamos formando opté por pasar toda la semana y visitar la ciudad sólo los días sábados después del medio día y regresar hasta el lunes por la mañana. En Matagalpa alquilaba un cuarto de una mediagua que tenía don Bartolomé Martínez con quien seguí cultivando con mayor afecto la amistad que habíamos iniciado en el Colegio de Granada. También hice muy buena amistad con don José Ignacio Bermúdez y su familia, así como con sus hijos Ernesto y Osbaldo y con su hermano Eudoro. De igual manera la hice con el Gral. Horacio Bermúdez y su señora doña Pilar de Bermúdez; con don Jesús Robleto y su esposa Josefina; con don Secundino Matus y su hermano Eudoro y otros tantos amigos que sería cansado enumerar. Pero si no se debe olvidar que allí me intimé más con don Bartolomé Martínez, más tarde como yo, Presidente de la República. Así pasamos el resto del año noventa y cuatro y también el noventa y cinco, alejado de toda actividad política, pues el Partido Conservador después de las persecuciones, prisiones, confiscaciones, torturas etc., etc., se encontraba desanimado y exhausto, y ni aun en el mismo liberalismo se veía actividad política ni en las mismas esferas oficiales.

Así llegamos al año noventa y seis, y no fue sino hasta fines del verano que se produjo la Revolución de León contra Zelaya, a causa de la pretendida reelección del expresado Gral. Zelaya.

En el Colegio de Granada cultivé buenas relaciones con el estudiante jinotegano Ignacio Chávez, hijo del "Primer Ciudadano" que así llamábamos al padre de él don Ignacio Chávez, en quien el Doctor Roberto Sacasa, depositó el mando por el tiempo que estipula la Constitución, para poder lanzar su candidatura legal a la Presidencia. A esa amistad de Colegio se debe que el día en que Matagalpa iba a proclamar el desconocimiento del Gobierno de Zelaya y a crearse el Gobierno de la Revolución de León, me visitara el referido joven Chávez para decirme: "Vengo a visitarte de parte de las fuerzas del Departamento del Norte al mando del Gral. Fernando María Rivas para insinuarte que inmediatamente salgas para Granada junto con Ernesto Bermúdez, pues de no hacerlo así, serán hechos prisioneros". Puse lo anterior en conocimiento del señor Bermúdez y decidimos salir de Matagalpa aproximadamente a las nueve de la mañana, hora en que la llamada "general" se oía en las calles de la ciudad. El mismo señor Chávez nos ayudó a preparar las bestias a fin de que no perdiéramos tiempo, como efectivamente lo hicimos, caminando día y noche para llegar el siguiente día a Granada. Digno de anotar es que esa noche cuando cruzábamos "La Cuesta del Coyol", pensé que si algún día tenía o se me ofrecía la posibilidad de hacerlo, compondría dicha cuesta. Dios me permitió cumplir con esa promesa íntima, pues al llegar yo a la Presidencia de la República (1916-1920) y hacer la carretera de Carazo hasta Matagalpa, hice que cruzaran por la cuesta el camino que acerca los departamentos del Norte con los del interior.

La Revolución de 1896

Ya puestos en Granada me informé que la guerra había estallado en todo el país y que algunos departamentos se habían pronunciado a favor del Gobierno de la Revolución de León que aparentemente era fuerte y que el Partido Conservador había ofrecido su apoyo al Gral. Zelaya. Casi forzado el conservatismo granadino a tomar esa actitud por la que ya se había resuelto el conservatismo de Managua, el que obrando independientemente, puede decirse, ofreció su apoyo a Zelaya, sin consultar con los correligionarios de Oriente. Por eso vemos ya tomando parte en los combates de Nagarote a los principales jefes militares managuenses del Conservatismo, entre ellos al valiente y muy querido Jefe Gral. Ignacio Páiz. Al enterarme de la situación, sin vacilar me fui a Managua a incorporarme a las fuer-

zas del Gral. José María Cuarezma, que salía para la zona de Matagalpa. Este general me dio muy buena acogida y me nombró su Ayudante, en cuya calidad pelié en el combate de Ciudad Dario. Las fuerzas de Cuarezma que salieron de Managua se juntaron con las de Chontales comandadas por el Gral. Vásquez en el punto llamado "Las Tetillas", continuando su marcha hasta Dario.

Es lástima que no pueda precisar las fechas en que ocurrieron estos sucesos pero recuerdo bien que el día antes de la batalla de Ciudad Dario, llegamos a un lugar que se llama "Pasle" a eso de las dos o tres de la tarde. Estábamos descargando el tren de guerra cuando nos atacaron sorpresivamente y aunque observamos que los atacantes no eran numerosos, el hecho de haber sido completamente de sorpresa el ataque, nos desconcertó mucho, y desde entonces tomé experiencia de lo mucho que se puede obtener de un ataque al enemigo, sorpresivamente.

Si en ese momento el Coronel Paulino Montenegro, que fue el Jefe atacante hubiera insistido en el ataque, es posible que nos hubiera quitado el tren de guerra, pero felizmente para nosotros el tiroteo se extinguió y la calma se restableció en nuestras filas.

Ataque a Ciudad Dario

El siguiente día muy temprano salieron las fuerzas del Gral. Vásquez y de Juan Estrada a ocupar unas alturas que dominan ciudad Dario. Una de esas alturas lleva el nombre de "Mombachito", donde se colocó la mejor pieza de artillería. Hecha esta operación, dejando en su puesto de combate dicha pieza me retiré de esa ala, que podemos llamar "ala izquierda" para ir a acompañar al Coronel Castilla que marchaba sobre el camino real, es decir el centro, hasta colocarnos en lugar apropiado para iniciar el combate inmediatamente que recibiéramos la orden de hacerlo. Por el otro lado (derecha) el Gral. Cachirulo con lo mejor del ejército de Managua habría que salir detrás del Cementerio de la ciudad. Cruzando unos potreros que había de por medio fue sorprendido y atacado fuertemente. Al iniciarse el combate, en esta ala, el Gral. Cuarezma dio sus órdenes para que tanto Vásquez como Castilla, hostigaran al enemigo por sus respectivos frente. A medida que el día avanzaba, el fragor de las fuerzas de Cachirulo y las que defendían la ciudad, se hacía más intenso y parecía que se alejaba del lugar de iniciación. Inciertos como estábamos del resultado de este combate, me fui en busca de ver con quien comunicarme para saber lo que pasa-

ba, no encontré a nadie, sólo las huellas donde habían estado peleando y como se hacía tarde regresé al Campamento General de Pasle, donde se encontraba el Gral. Cuarezma, Jefe de todas las fuerzas.

Poco después de mi llegada, empezamos a recibir tropas que decían llegaban derrotadas y que pertenecían —según ellos— a las fuerzas del Gral. Cachirulo y que a éste le habían matado un hijo, por lo cual el general, venía con su cadáver. Efectivamente, momentos después teníamos aquí al Gral. Cachirulo con dicho cadáver y bastantes soldados que habían abandonado la lucha desorganicamente. Con los datos que el Gral. Cachirulo dio al Gral. Cuarezma, éste redactó un mensaje para el Comandante General, que era el Presidente, dándole cuenta de lo ocurrido y declarándole que la batalla se había perdido y que iba a dar sus instrucciones en ese momento para levantar el campo y ocupar alguna posición más ventajosa un poco más atrás de donde nos encontrábamos.

En ese momento le pedí permiso al Gral. Cuarezma para exponerle la verdadera observación del combate y principié por decirle que no era exacto que las fuerzas hubieran sido derrotadas, que lo que efectivamente pasaba era que las fuerzas del Gral. Cachirulo se había desorganizado al saber la muerte del hijo de su Jefe; pero que los otros frentes estaban en posiciones muy ventajosas y que el Cnel. Castilla con sus hombres había avanzado sobre Darío hasta un punto en que pudiera decirse era ya dueño del Cementerio, según el dominio que tenía sobre éste. Que yo creía era un error hacer transmitir ese telegrama.

Con estas observaciones que le hice al Gral. Cuarezma éste le dijo en el mismo mensaje a Zelaya que no obstante lo dicho por el Gral. Flores, yo aseguraba que las fuerzas del Gral. Vásquez y las del Coronel Ramón Castilla estaban intactas y habían ganado ventajosas posiciones durante el día. En respuesta a dicho mensaje del Gral. Cuarezma, Zelaya le ordenó que desocupara Pasle y mandara al Ayudante Chamorro a decirle a Vásquez y Castilla que al siguiente día, a más tardar, a las diez de la mañana, recibiríamos refuerzos.

Las diez de la noche serían cuando fui ordenado por el Gral. Cuarezma para ir a comunicar a Vásquez y Castilla el telegrama de Zelaya y que en consideración de que era de noche, que me quedara a dormir en el campamento del Coronel Castilla, como lo hice. Tanto para Vásquez como para Castilla fue sorpresa lo que les referí de la pérdida que había tenido el Gral. Concepción Flores (Cachirulo). Sin embargo, ninguno de ellos vaciló en su resolución de ganar la batalla sobre ciudad Darío como

efectivamente sucedió porque al siguiente día, en las primeras horas de la mañana, el Gral. Fernando María Rivas, abandonó la Plaza; este episodio que he referido, me ha dado la gran experiencia de lo que vale un aviso a tiempo, en asuntos militares como el relatado, que convirtió en triunfo una posible derrota.

Batalla de "El Obraje"

Al retirarse el Gral. Cuarezma, pedí permiso para quedarme unos días en Matagalpa, atendiendo algunos asuntos de mi propiedad de café; terminado lo cual volví a Managua, pero ya no me incorporé como Ayudante del Gral. Cuarezma porque éste quedó prestando servicio en plaza, y yo quería servicio militar en campaña; y por esta razón me incorporé en las fuerzas del Gral. Vásquez que habían sido ordenadas para ir al lado de Momotombo, al otro lado del Lago. Al incorporarme a las fuerzas del Gral. Vásquez, me confiaron una Compañía compuesta por gente de Catarina y Niquinohomo, todos representantes de la Casta Indígena. Las fuerzas del Gral. Vásquez, serían en total unos dos mil hombres más o menos... Marchamos por varias haciendas al otro lado del Lago hasta llegar a una posición llamada "El Obraje", que tenían muy bien defendida las fuerzas leonesas. Con el Gral. Nicasio Vásquez no tenía yo la misma confianza o amistad como la que me dispensaba el Gral. Cuarezma, por ser el Gral. Vásquez de filiación liberal, al que no había conocido antes pero a quien guardaba respeto y consideraciones; y por esa falta de confianza no pude enterarme antes de la importancia que tenía el combate que estaba próximo a desarrollarse hasta que estuve en él.

Un día de tantos nos formaron de madrugada y nos prepararon para aproximarnos a una altura bastante larga y escarpada, próxima a la de "El Obraje". Pararon la marcha de las fuerzas y las dividieron en tres grupos: el ala izquierda al mando del Gral. Emiliano Herrera, prominente hombre público de Colombia, que después fue Presidente y enseguida Embajador en Washington de su misma Nación, donde fue muy apreciado y distinguido; en el centro, el Coronel Juan José Estrada a cuyas tropas pertenecía mi Compañía y a la derecha otro de los jefes militares con que estaba compuesto el ejército, cuyo nombre no recuerdo. El Gral. Vásquez después de hablar con los encargados de columnas, dio la orden de marcha. El Coronel Estrada a su vez me dijo que marchara con dirección a la altura que teníamos en frente, advirtiéndonos que al aproximarnos podrían dispararnos algunos balazos pero que yo, con mis hombres, al encontrar resistencia podría movilizarme buscando la de-

recha. Hago constar que era la primera vez que yo iba a pelear con fuerzas directamente a mi mando y que no tenía más instrucción militar que la adquirida en mis lecturas de libros de Historia, así es que al marchar sobre el enemigo, iba tomando en consideración lo poco que yo conocía teóricamente. Por eso, encontrándonos en un terreno de monte bajo, cuando nos hicieron los primeros tiros, vi delante de nosotros un monte más crecido donde podríamos resguardarnos tras los árboles, y di mis órdenes de marchar hacia él; pero ya puestos en este monte, el fuego que recibíamos era mayor; y todo mi interés y tentación era apoderarnos de una quebradita de agua que corría frente a nosotros, no me dejó pensar, sobre el inminente peligro que corriamos, sólo me fijé en lo ventajoso que era para nosotros apoderarnos de aquellas aguas. Movilicé con energía mis fuerzas para cruzar el riachuelo y principiar el combate, cruce que nos costó varias bajas, pero a mi juicio, fue lo que decidió el combate, pues fue donde mis soldados endurecieron y mostraron su temperamento de lucha y a mí el estímulo y coraje suficientes para desalojar al enemigo, y ya en poder nuestro dicha posición, seguimos luchando sobre otras trincheras que habían adelante, arriba del cerro, de las cuales también recibíamos fuego nutrido; pero mis soldados no se desanimaban.

Veíamos caer a nuestros compañeros; pero al mismo tiempo parecía que otros surgían de la tierra para luchar conmigo en aquel encarnizado combate; y así llegamos a ocupar la cuarta trinchera. Aquí ocurrió un incidente digno de mencionar: Los defensores de las trincheras enemigas al verse escasos de parque, mandaron a un Ayudante a buscarlo, pero cuando regresó ya nosotros nos habíamos apoderado de las trincheras y de éstas le hacíamos fuego a otra de adelante desde donde nos gritó una voz muy fuerte: "No hagan fuego a esta trinchera que somos los mismos". Yo estaba cerca a ese individuo y al oírle su grito y verle el lazo rojo que tenía amarrado en el brazo me acerqué resueltamente a él, lo agarré del brazo, lo sacudí fuertemente y le dije: "Cállese, ¿quién es usted?". Su contestación fue la de tirarme un puntazo con una daga, el cual yo escurrí con una tercerola que portaba y el Coronel Villafuerte que estaba allí también le puso su rifle en la frente y le dijo: "Si se mueve lo tiro" y aquel quedó inmóvil, ante la amenaza de muerte y se dejó desarmar. Lo mandé amarrar para llevarlo al Campamento General, pero el soldado hizo tan fuerte la amarra que que el prisionero se quejó de la falta de circulación de la sangre. Ordené que se la aflojaran un poco y que lo llevaran al Campamento, respondiendo el custodio por la vida del prisionero que resultó ser nada menos que el Coronel Paulino Montenegro, el mismo que nos había atacado en Pasle. Más tarde tuve la satisfac-

ción de saber que el joven Montenegro hizo siempre buenas referencia de como lo traté, después que estuve a punto de ser muerto por él.

Terminado el incidente con Montenegro, continuamos la lucha y acabamos por hacernos dueños de otras trincheras menos una o dos que estaban en la cúspide de la loma. Cuando esto sucedía, yo me encontraba hecho Jefe de un montón de fuerzas que no eran las mías, pues éstas habían quedado reducidas a un pequeño grupo; y las otras que escuchaban que el combate iba cerro arriba, por su propia cuenta fueron buscando el lugar de la pelea y se fueron incorporando a mis fuerzas; por esto es que yo tenía más tropas que las que comandaba al principio; más en realidad mis soldados habían sido diezmados en el rudo pleito; por lo que dispuse un pequeño alto para ir a buscar refuerzos, llegando hasta donde el Cnel. Estrada que ocupaba las trincheras que yo había tomado antes y desalojado al enemigo de allí. Le pedí fuerza al Cnel. Estrada para continuar el combate y que viniera él conmigo; y en vista de mi insistencia para que me diera soldados de su batallón, me dijo: "Ve, Emiliano, esa posición es intomable, está muy bien fortificada y bien atrincherada y la orden que tenemos es la de sólo amargarla". Yo le repliqué: "Coronel Estrada, le aseguro que esa loma está ya tomada, sólo me falta la última trinchera de la cual estoy apenas a unas treinta o cuarenta varas para coronarla y terminar la obra". El Coronel Gustavo Abaunza que estaba junto a él le insinuó la idea de que me diera apoyo y que si él (Estrada) se sentía cansado y que no pudiera ir porque era algo impedido de una pierna, que le diera a él (Abaunza) las fuerzas que estaban allí, desocupadas, y así lo hizo Estrada. Abaunza se vino conmigo a continuar la lucha para la toma definitiva de "El Obraje", lo cual sucedió como yo se lo había asegurado al Coronel Estrada.

Deseo consignar un hecho, a manera de anécdota, de un Sargento: éste, de mi compañía, me había acompañado durante todo el trayecto del combate, desplegando un valor inaudito, denodado, pero en esta última etapa fue tocado levemente, insignificadamente, por una bala y al sentir tal roce, me dijo: "Capitán, ya me hirieron". Lo examiné y vi que en el pómulo tenía una heridita tan mínima que más parecía un rasguñito o una rayita de la espina de alguna zarza y continuó peleando pero como cinco minutos más tarde me volvió a llamar para decirme: "Capitán, tengo miedo, quisiera quedarme aquí". Yo accedí a su ruego, pues el calor de la lucha había pasado. Como lo había previsto, poco después de iniciado el combate, los leoneses abandonaron las últimas trincheras y me dejaron dueño absoluto de la loma de "El Obraje", habiéndome tocado en suerte ser herido

en un dedo de la mano yo también. Me llovieron felicitaciones de los jefes y de mis superiores por el triunfo y aproveché esto para pedir al Gral. Vásquez me concediera permiso para ir a Managua a curarme el dedo, pero el Gral. Vásquez me contestó diciéndome que no hiciera uso de ese permiso porque las tropas sólo conmigo peleaban bien y estábamos en una zona muy peligrosa, pues nos aproximábamos a Momotombo donde el enemigo podía echarse sobre nosotros.

No he ocupado más tiempo en describir la batalla del Obraje a causa de que poco me gusta exaltar el comportamiento de las tropas que andaban conmigo y la conducta propia mía; pero la verdad es que tanto la acción de armas de ciudad Darío como la de "El Obraje" fueron dos acciones en que tuve figuración como Capitán y que la de "El Obraje" fue sangrienta y que si obtuve el triunfo fue por la energía que desarrollé para movilizar las fuerzas de ataque hasta el extremo de no darles un minuto de descanso en aquella ascensión en que íbamos ganando palmo a palmo el terreno en aquella larga altura que obligó al enemigo a perder un buen sistema de sus posiciones de atrincheramientos, comunicadas de unas a otras por teléfono. Por eso el combate de "El Obraje" mereció por varios días que la prensa del país y centroamericana se ocuparan de él, haciendo mención honrosa y meritoria de mí por la parte que desempeñé en ella.

Incidente con Zelaya

Después de un ligero descanso continuamos la marcha para Momotombo, pero por órdenes de la Jefatura del Ejército nos detuvimos en la hacienda "California", lugar no muy distante del puerto lacustre de Momotombo. Aquí fui ordenado a tomar la línea de defensa en una extensión como de mil varas de dicho puerto. Allí distribuí los trescientos hombres que se habían incorporado a mis fuerzas, amarré mi hamaca de dos árboles y quedé instalado. Al siguiente o dos días después de nuestra estadía allí nos anunciaron la llegada de Zelaya, en calidad de inspección y me ordenaron salir con cincuenta hombres a encontrarlo y explorar el camino para su pasada.

En esta operación ocurrió una contingencia: yendo nosotros por un camino para salir a un llanete, nos hicieron fuego del extremo contrario; inmediatamente contestamos con descargas más activas y marchando siempre sobre los ofensores, quienes al ver nuestra actitud se declararon en fuga y corriendo tras ellos. En mi carrera oí una voz que salía de entre los árboles, que decía: "Emiliano, Emiliano", a este requerimiento me detuve y descubrí a un señor de saco y chaleco, con un sombrero de esos que

llaman "bombin". Era el Doctor Desiderio Manzanares, Subsecretario de Fomento, quien me dijo: "Somos los mismos, el Gral. Zelaya nos mandó de avanzadilla". Le expliqué a mis fuerzas lo ocurrido, les di ánimo con lo que quedaron completamente tranquilos, seguros todos de que por ese lado no había peligro. Por supuesto, desde ese momento mi preocupación fue muy grande por lo que podría pensar Zelaya de mi actitud, dado mi carácter de adversario político; y por ello me detuve hasta que llegó el Gral. Nicasio Vásquez, a quien le manifesté mi preocupación, dándole seguridades que de mi parte no hubo mala intención. "Vásquez le dio fe a mis palabras y quedó plenamente satisfecho. El Gral. Zelaya llegó con varios personajes de Managua y con el Gral. Terencio Sierra, militar hondureño de gran valía y que más tarde fuera Presidente de su Patria. Llegado yo nuevamente a "California" ordené a mis soldados ocupar los puestos que tenían antes de la inspección y yo también ocupé el mío.

Cuando le sirvieron el almuerzo al Gral. Zelaya y su comitiva, mandó a invitar a algunos de los militares de las fuerzas del Gral. Nicasio Vásquez, y a mí, este general en persona me invitó, pero yo me excusé porque la línea de defensa que tenía a mi cargo era grande y temía ser sorprendido en cualquier momento y no asistí al banquete.

En las primeras horas de la noche volvió el Gral. Vásquez e insistió en invitarme, de parte del Gral. Zelaya, me dijo, para que asistiera a la comida que le daban esa noche y entonces me pareció mejor ser franco con Vásquez para evitar que el Gral. Zelaya sufriera una equivocación respecto a mi conducta, diciéndole a Vásquez: "Agradezco al Gral. Zelaya su generosa invitación, pero no quiero que mi presencia lo haga pensar que yo desisto de mi oposición franca y firme a su Gobierno. Hágame favor de decírselo así".

Pasó la noche con tiros esporádicos de una y otra parte; pero al amanecer observamos que los tiros del lado de Momotombo eran desperdigados y fui ordenado para levantar el campo y marchar sobre Momotombo, para donde salí y como a media legua de andar me encontré con tres o cuatro hombres y me informaron que las fuerzas enemigas que estaban en Momotombo habían abandonado la Plaza y salido con dirección a La Paz Centro. Detuve a estos hombres y envié un correo al Gral. Vásquez, informándole de lo ocurrido. Poco después llegó el Gral. Vásquez acompañado del Gral. Zelaya, del Gral. Terencio Sierra y de algunos otros militares de alta jerarquía. El Gral. Zelaya personalmente interrogó a los hombres detenidos por mí, confirmando éstos la desocupación de las fuerzas del Gral. Chavarria, des-

pués de lo cual me dijo el Gral. Zelaya: "Continúe su marcha a Momotombo, llevándose a los hombres y si es mentira lo que ellos han dicho, fusílelos". Con gran satisfacción de mi parte encontramos que efectivamente la Plaza había sido abandonada por el enemigo, como a las cinco de la mañana lo que nuevamente mandé avisar al Gral. Vásquez y éste a su vez al Gral. Zelaya, llegando enseguida todo el grueso del ejército. Inspeccionando estábamos las formidables trincheras que en ese puerto habían hecho los Generales Godoy y Chavarría, cuando llegaron a avisar que el Gral. Páiz estaba atacando La Paz Centro y le estaban ofreciendo mucha resistencia, por lo que pedía auxilio. Entonces el Gral. Zelaya, dirigiéndose a mí, me dijo: "¿Quiere usted ir a auxiliar al general?" y con mi contestación de que lo haría con mucho agrado, me agregó: "Esa mula en que usted anda se la voy a cambiar por el caballo que anda mi cuñado Luis Cousin". El caballo que me ofrecía era muy hermoso, color tordillo; pero la mula mía era muy buena y de mi propiedad y le dije al Gral. Zelaya: "Le agradezco mucho, pero esta mula si no la matan, deseo conservarla" y me despedí saliendo para La Paz Centro.